

Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes de Juan Montalvo¹ PLUTARCO NARANJO

Señores:

PERTENECER A UNA academia es un honor que implica el compromiso de mantener y quizá incrementar el prestigio e importancia de la institución.

Qué decir en el caso de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, una de las más antiguas de América y una de las primeras en haber sido reconocida por la Real Academia, como su Correspondiente.

La Academia Ecuatoriana, desde sus inicios, ha estado integrada por eminentes escritores y maestros en el buen uso del idioma.

Para mí, ingresar en tan alta corporación, constituye un extraordinario honor pues provengo del campo de las ciencias y la medicina, en donde he procurado cultivar el correcto lenguaje a sabiendas que el buen decir no es

-
1. Discurso de incorporación como miembro correspondiente a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, de Plutarco Naranjo, docente y director del Área de Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. El Dr. Naranjo es autor de una serie de importantes estudios históricos referentes a la medicina ancestral y su evolución en la sociedad ecuatoriana, así como de varios ensayos dedicados a Juan Montalvo y otros escritores y pensadores importantes del Ecuador. El acto de incorporación se realizó en septiembre de 2005 en el Centro Cultural Benjamín Carrión de la ciudad de Quito. *Kipus* publica este texto en homenaje al Dr. Naranjo al incorporarse a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, quien ha hecho considerables contribuciones al debate científico y al ensayo de carácter histórico en el Ecuador (N. del E.).

patrimonio de la literatura; es también, y sobre todo debe ser, de las ciencias, máxime que asistimos a una explosión de descubrimientos e inventos que traen consigo neologismos y nuevas formas de expresión, muchas de ellas, de difícil traducción y que distorsionan nuestro bello idioma. Espero que mi colaboración pueda proyectarse sobre este campo, como ya está sucediendo en la Real Academia.

Debo presentar mi más sincero agradecimiento al Dr. Carlos Joaquín Córdova, dignísimo Director de nuestra Academia, al Directorio y más miembros por haber valorado tan generosamente mis limitados méritos y haberme elegido como Miembro Correspondiente.

Mi especial agradecimiento, por anticipado, a la Dra. Susana Cordeiro de Espinosa, destacada académica de número, por su gentil discursos de bienvenida.

* * *

España, su pueblo y su gobierno están hoy por hoy celebrando los cuatrocientos años de la publicación de la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes y Saavedra. El *Quijote* ha aparecido ya en una nueva e importante edición, auspiciada por la Real Academia de la Lengua. Están en marcha en la Península Ibérica más de 2.000 actos conmemorativos. Entre éstos, la visita de la ministra de Cultura de España a los Estados Unidos, para entregar dos mil ejemplares del *Quijote* a los centros de estudios de español.

También el Ecuador se ha honrado al participar, con varios actos, en la celebración del fausto acontecimiento. Entre ellos, la presentación de una bella edición del libro de Cervantes, publicado hace poco en la ciudad de Riobamba. Pero además tenemos otro motivo de complacencia. A tiempo que celebramos los cuatro siglos del aparecimiento del *Quijote* de Cervantes, celebramos también los ciento diez años de la primera edición de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* debidos a la pluma de nuestro célebre escritor, Juan Montalvo.

La obra de Cervantes se publicó en su propia patria; la de Montalvo vio la luz años después de su muerte, en 1895, y no en Ecuador sino en Francia.² Las siguientes ediciones aparecieron en Barcelona, París, Buenos Aires,

2. Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, Barcelona, Montaner y Simón, 1898.

México y Bogotá. Sin embargo, los ecuatorianos han conocido esta obra casi solo por su nombre. Las excelentes ediciones extranjeras han circulado poco o nada en nuestro país. Tardíamente, en las cuatro últimas décadas, se han efectuado aquí cinco ediciones de los *Capítulos*, y aun éstas, de escaso tiraje. A estas inusuales vicisitudes en torno a la publicación de un libro, han de añadirse otras, de variada naturaleza.

ORÍGENES DE LOS *CAPÍTULOS*

Para empezar, preguntémosnos: ¿de dónde pudo venirle a Montalvo la idea de escribir un «capítulo en tono cervantino»?

Montalvo, el joven escritor pero ya recio luchador contra el despotismo y la tiranía, se encontraba desterrado en Ipiales, Colombia, en aquella época, un pequeñísimo pueblito cercano a la frontera con el Ecuador. Escuchemos al propio Montalvo. Dice:

El caso fue que un tiranuelo³ de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre, y llaman enemigos del orden a los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó a un desierto (...) Allí vivimos algunos sin trato social, sin distracciones, sin libros: ¡sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas.⁴

Subrayemos esta ausencia de libros para recordar que Don Quijote pierde la razón al leer incansablemente aquellos innumerables volúmenes abarrotados de caballeros andantes, damas de alcurnia, encantamientos, hechiceras y magos. Y así es como saldrá a vagar por los campos de La Mancha, dispuesto a encontrarse con gigantes, princesas encantadas, combatientes y otros tantos personajes de las fábulas librescas. Al otro lado del mundo, Montalvo, desterrado, no encuentra libros que leer y se dispone a escribir sobre aquel caballero que ha perdido el juicio a causa de los libros.⁵

3. Se refiere a García Moreno. La escena tuvo lugar entre 1861 y 1863.

4. Todas las citas son tomadas de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, París, Garnier Hnos., 1921.

5. Plutarco Naranjo, *Los escritos de Montalvo*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2004.

Montalvo prosigue así:

Por rehuir del fastidio, o quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino una escena que acababa de ofrecernos el cura del lugar, ignorantón, medio loco y aquíjotado; y fue un día que recogió los clérigos de esos contornos y las parroquias vecinas, y todos juntos se remontaron a la cresta oriental de los Andes, a horcajadas en sus mulas y machos, en busca de una Virgen Purísima que había nacido entre las marañas de la sierra. A la Virgen, halláronla en un cepejón, (la raíz gruesa que arranca del tronco de un árbol) con cara, ojos, (y) boca tan patentes, que allí luego dieron orden se erigiese una capilla; y en tanto que llegaban los romeros con la romería, vistiéronse ellos de salvajes con musgos, líquenes, hojas, y en horrendas figuras comparecieron en la plaza del pueblo, todos ellos con máscaras extravagantes, gritando que la Virgen había nacido en el monte. Un matasiete que a la sazón se hallaba en el pueblo con una brigada de soldados, tomando a burla las charreteras de lechuga de aquellos fantasmas, monta a caballo lanza en ristre, y sin averiguación ninguna los arremete de tan buena gana, que (...) caen mal heridos. Nosotros moríamos de risa en nuestra ventana, sintiendo así que no hubiesen venido a tierra cuatro monigotes más a los golpes de ese invencible caballero. La cosa no era para echarla al olvido.

Este relato llega a manos de José María Samper, escritor colombiano, quien en su comentario dice a Montalvo: «Cervantes hubiera querido tener mil plumas para firmar ese capítulo». Estas palabras constituyeron, probablemente, el acicate que el inquieto espíritu de Montalvo necesitaba para emprender en su atrevida empresa. Años después, Montalvo confesará: «Esas palabras de Samper han originado un libro; si es un acierto, a él la honra; si una caída, a él la pena».

LOS MOTIVOS DEL QUIJOTE

Por ahora, sin embargo, nuestro escritor se dispone a imitar «un libro inimitable». Pero no sin antes cavilar sobre su propósito. Se pregunta Montalvo:

¿Qué pudiera proponerse el que hoy escribiera un Quijote bueno o malo? El fin con que Cervantes compuso el suyo, no existe (...). Don Quijote enderezador de tuertos, desfacedor de agravios; Don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia; Don Quijote infa-

tuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este Don Quijote (...) se llevó de las calles a Amadises y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes, destrozólos, matólos, redújolos a polvo y olvido: España ni el mundo necesitan ya de ese héroe.

En su «Meditación de El Escorial», el filósofo José Ortega y Gasset⁶ escribe:

Cervantes compuso en su Quijote la crítica del esfuerzo puro (...) Don Quijote fue un esforzado (...) Todo alrededor se le convierte en pretexto para que la voluntad se ejercite, el corazón se enardezca y el entusiasmo se dispare. Mas llega un momento en que se levantan dentro de aquel alma incandescente graves dudas sobre el sentido de sus hazañas. Desde el capítulo LVII hasta el fin de la novela todo es amargura. «Derramósele la melancolía por el corazón –dice el poeta–. No comía –añade– de puro pensaroso; iba lleno de pesadumbre y melancolía» (...) Por vez primera toma a una venta como venta. Y, sobre todo, oíd esta angustiosa confesión del esforzado: La verdad es que «yo no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos», no sé lo que logro con mi esfuerzo.

Pero si Cervantes, según Ortega y Gasset en su «Meditación», hizo el elogio del esfuerzo puro, Montalvo, en cambio, en su imitación intentará rescatar lo que para él constituye otro aspecto, fundamental, del Quijote. Dice Montalvo:

Don Quijote es una dualidad. La epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos; el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por su risa. Cervantes no tuvo sino un propósito en la composición de su obra, y lo dice; mas sin saberlo formó una estatua de dos caras, la una que mira al mundo real, la otra al ideal; la una al corpóreo, la otra al impalpable (...). El móvil de (las) acciones tan extravagantes (de Don Quijote), en resumidas cuentas, viene a ser la virtud. Don Quijote es el hombre imaginario, en oposición al real y usual que es su escudero Sancho Panza. ¿Quién no divisa aquí las dos naturalezas del género humano puestas en ese contraste que es el símbolo de la guerra perpetua del espíritu y los sentidos, del pensamiento y la materia?

6. José Ortega y Gasset, *El Espectador*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

Si el móvil del *Quijote* de Cervantes es proclamar la virtud, Montalvo fue también un moralista laico que exaltó las virtudes.⁷

Es fama que Montalvo gozaba de una memoria extraordinaria. La obra de Cervantes y sus cientos de personajes, aventuras, paisajes, dichos y refranes, le eran tan familiares que, se dice, podía recordarlos casi al pie de la letra. Por ello, sin duda, y por su admiración apasionada de Cervantes y Don Quijote, Montalvo escoge ceñirse al máximo en los planos más visibles de la novela: de ahí que la fábula de los *Capítulos* transcurra no precisamente en el Ecuador sino en Sierra Morena, en las cercanías del Guadalquivir, no en la época en que Montalvo escribe sino en la de Cervantes, y no en el español de la América Hispana, sino en un español cervantino. Desde luego los personajes de la novela son ecuatorianos y de su propia época.

Imitar implica ceñirse a un modelo. Para Montalvo, tanto Cervantes como Don Quijote son, a la par, sus modelos por excelencia, que se cumplen en muchos aspectos pero Montalvo establece también sus diferencias.

Consideraba Miguel de Unamuno⁸ que Montalvo adolecía de una «manía de cervantismo literario».

Su cervantismo, no poco pueril (...), dice, le lleva a hacer hablar, en diálogos, a chagras y cholos en el convencional dialecto dialogado (...) de los personajes de Cervantes, que tampoco hablan como hablaban los hombres de carne y hueso de su tiempo (...) Además el bueno de Don Juan Montalvo se debió de creer que en España se hablaba más así, en cervantino, que en el Ecuador o Colombia. Y cuando visitó España debió de convencerse, de que era todo lo contrario, de que allá, en los recónditos repliegues de los Andes (...) se conserva mejor esa rancia lengua ceremoniosa y algo convencional.

A pesar de las críticas de Unamuno, y acaso contradiciéndolas, debe observarse que Montalvo, al apegarse al estilo de Cervantes, precisamente en los *Capítulos*, aligera muy considerablemente su propia prosa y su brillante estilo. Así, excepto cuando son indispensables debido al tema mismo de la caballería, Montalvo prescinde de períodos vastos y envolventes, de cultismos, erudición y preciosismo reiterados. Esto se debe a la obligación en que estaba Montalvo de narrar y fabular antes que filosofar o discurrir como en sus ensayos, o forzar una retórica ya entonces en desuso.

7. Cfr., Gonzalo Zaldumbide, *Montalvo*, París, Garnier Hnos., 1937.

8. Miguel de Unamuno, prólogo a *Las Catilinarias*, París, Garnier Hnos., 1925.

LOS MOTIVOS DE MONTALVO

Antes de iniciar sus capítulos, Montalvo justifica uno de sus propósitos. Dice:

Bonitos somos nosotros para dejarlos con el tanto a tanto pícaro, traidor, villano o declaradamente infame que nos han salido al paso en las encrucijadas de la vida! Por dicha, armados de armas defensivas impenetrables, como verdad, que es cota de malla: la serenidad, que sirve de loriga, la ausencia de miedo, que es morrión grandioso; con nuestra espada al hombro, hemos pasado por entre la muchedumbre enemiga, derribando a un lado y a otro malos caballeros, malandrines y follones. Virtud es el perdón para los enemigos; crímenes, desvergüenzas, ingratitudes, maldades, al verdugo. Ahórquelas en cuerpo fantástico; mas sepa el delincuente que está ahorcado.

Ya es mansedumbre que parte límites con la beatitud, no haber transmitido a la posteridad los nombres de los que con sus acciones han incurrido en esta pena, Atributo de Dios es el perdón; Dios perdona; pero envía el ángel exterminador al campo de sus enemigos, y ¡ay de los malvados!

Fáltanos tan sólo advertir que los personajes que en ellos hacen figura son todos reales y positivos, tomados de la naturaleza, bien así los en quienes concurren las virtudes, como esos bajos y feos que están brillando por el mal carácter o los vicios. No somos nosotros de los que tienen creído que no conviene aludir a las personas: la ley alude muy bien al delincuente cuando le señala para la horca; el juez cae en una personalidad con sentenciarle, nombrándole una y mil veces. Los perversos, los infames han de pagar la pena de sus obras.

El texto original, según se conoce, mencionaba a los malvados con nombre y apellido. Algunos amigos del escritor, que tuvieron acceso al manuscrito, le aconsejaron omitir los apelativos. Así lo hizo, con excepción de Veintemilla y José Modesto de quien no indicó el apellido pero el nombre fue muy conocido.

Como hemos mencionado, imitar implica ceñirse a un modelo pero también, inevitablemente, dar paso a las diferencias, tanto más cuanto que nuestro autor expresa que el *Quijote* es obra inimitable. Son varias las diferencias que Montalvo se permite con respecto a sus modelos. Ya mencionamos que, según Ortega y Gasset, Cervantes compuso una crítica del esfuerzo sin propósito. Montalvo se propone expresamente dos objetivos a cumplir en sus *Capítulos*: califica a uno de ellos como «ensayo o estudio de la lengua castellana» y al segundo, el componer «un curso de moral».

LOS SIGNOS Y LAS COSAS

Sea de ello lo que fuese, lo cierto es que el Don Quijote montalvino aparece desde el comienzo de la novela más cuerdo, mucho menos dado a confundir los signos de las cosas con las cosas mismas.

Así, en el Capítulo XVI, al tiempo que se muestra muy sesudo, hace una temprana crítica del prurito utilitario que atenta contra la naturaleza, se lee:

(...) Don Quijote echó de ver a un lado del camino un hombre entrado en edad que estaba haciendo hachar dos hermosos cipreses de un grupo que daba obscura y fresca sombra a un gran circuito. Paróse y le preguntó por qué hacía derribar tan bellos árboles, destruyendo en un instante obra para la que la naturaleza requería tantos años. —Los derribo, respondió el viejo, porque nada producen y ocupan ociosamente la heredad. Éstos y los demás, todos los echo abajo, y no son menos de catorce. —¿Hubiera modo, replicó Don Quijote, de evitar este degüello? Si os incita el valor de estos cipreses, yo os los pago, y permanezcan ellos en pie. —Eso allá se iría con vender la tierra, y no es lo que me propongo, dijo el dueño; antes la estoy desmontando, no tanto por aprovecharme de estos árboles que no valen gran cosa, cuanto por dar a la labranza el suelo mismo. —Cortados no valen nada, replicó el caballero; vivos y hermosos como están, valen más que las pirámides de Egipto. Y así os ruego y encarezco miréis si os está mejor variar de resolución y hacer un obsequio a la madre naturaleza, la cual gusta de la sombra de sus hijos. —Toda sombra es nociva, arguyó el viejo sanguinario. La sombra nada me da; antes me quita lo que pudiera rendir esta heredad. Hoy la pongo como la palma de la mano, la aro en seguida, siembro lechugas y coles, y desde ahora queda vuesa merced convidado a festejarlas a su regreso. —Dejaos de chanzas, que no estoy para ellas, dijo Don Quijote. Por última vez represento y pido lo ya representado y pedido, y andad por vuestras lechugas a otra parte. —Donosa representación, respondió el hombre (...) donosa notificación... Y caso de no venir yo en ello ¿piensa vuesa merced apercibirme con su lanza?— Vos lo habéis dicho!, replicó Don Quijote, y arremetió con el viejo, el cual, en vía de defensa, se dejó caer patas arriba de la piedra en que estaba sentado. —Convenid, gritó el caballero, en que estos árboles queden ilesos; ofreced, prometed y aun jurad no tocarles ni un pelo de la barba. —Me allano a cuanto vuesa merced mandare, respondió (el hombre), viéndolo resplandecer esa punta amenazante. Volvió luego Don Quijote y dijo: —Esas muescas o heridas de los cipreses pueden serles fatales: llenadlas de cera al punto, y echad sobre ellas una capa de tierra húmeda, que así no habrá riesgo de que se marchiten y perezcan.

El héroe montalvino es pues mucho menos dado a confundir imaginación y realidad, cosas y signos de las cosas. Un ciprés es aquí un ciprés y no el gigante que debería ser, de aplicársele la lectura quijotesca de los libros de caballería. En varias ocasiones muestran los *Capítulos* el nuevo talante del héroe. Así leemos: «no era Don Quijote (un loco), sino en lo concerniente a la caballería, mostrándose, por el contrario, cuerdo y hasta sabio en lo que no tocaba a su negro tema». Y en el capítulo XIX: «Quiso la suerte de los viandantes que el caballero los tomase por lo que eran en verdad...». Esta cordura es intermitente: sólo a veces los lugares de hospedaje, ventas, mesones y casas parecíanle castillos al caballero andante. En cambio, hace falta que ciertos personajes cambien de aspecto y se disfrazen, o aparezcan entre sombras y en la penumbra, para poder engañarlo. Y sólo en tales casos Don Quijote cree encontrarse ante hechiceros, fantasmas, y más personajes de las novelas de caballería.

LOS REFRANES Y EL LENGUAJE

En defensa de la lengua y hasta de su propia identidad, Don Quijote deberá defender no sólo la gramática contra cualquier uso desviado o anómalo sino que deberá realizar esfuerzos inauditos tanto por rectificar el uso indebido del lenguaje por parte de su escudero y confidente, como por evitar que éste le contagie su manía de lanzar a troche y moche adagios a tal punto inextricables que su sentido y significado se pierde por completo. Además es oportuno aconsejar a los que según el dicho hablan hasta por los codos.

Los reparos de Don Quijote a los refranes de Sancho no aparecen sino hasta la página 95, en que el caballero los llama «mina de disparates». En la página 149 dice: «Ruégote, Sancho, que si hablas, sean discretas tus razones y te vayas a la mano en los refranes, por que al primero de ellos no saques a relucir lo triste de tu condición y lo extremado de tu sandez». Luego, en la 152, dice: «Por lo que tienen de graciosas tus últimas razones, te las perdono, mas en llegando que lleguemos al castillo, muertos son los refranes, ¿lo juras?». En la 187 llama a Sancho «don monedero falso de refranes (...) Si no los falsificases, no los tendrías para echarlos por la ventana». Páginas más adelante (210) los llama «necedades».

Pero ya en la 242 el caballero acusa el contagio de lo que más teme:

(...) si algo te debo, (le dice a su escudero) no me cobres con romperme la cabeza, y hazme firmar un pagaré, ya que te atienes al refrán que dice: callen barbas y hablen cartas. Cumplido el plazo cogeras, no solamente tus salarios (...), pero también recompensas, gratificación, pre, honorario, subvenciones y cuanto más te dé la gana; pero no hables más de lo necesario. A puerta cerrada el diablo se vuelve, y en boca emparejada no entran moscas. ¿No hasoído decir: herradura que chocolotea, clavo le falta? ¿Qué han de pensar de ti los que te oyen despotricar a lengua seca, haciendo rosarios de adagios y proverbios, sino que eres un bendito animal, insufrible para los que tienen la desgracia de estar oyéndote de día y de noche? –A puerco fresco y berenjenas, ¿quién tendrá las manos quedas?, Sancho. La ocasión hace al ladrón; y no dirá vuesa merced que yo hablo sin ella, ni que vuesa merced me da ejemplo de sorbidad de palabras, ni aun de refranes–.

Sorbidad, replicó Don Quijote, vendrá de sorber; sobriedad viene de sobrio. Esta es virtud que hemos de practicar, no solo en el comer y en el beber, sino también en el hablar; y por ventura más en esto que en lo otro. Quien guarda la boca guarda el alma, y no vayas a pensar que éste es refrán, sino sentencia de la *Biblia*, donde habla Salomón (...). Yo no pretendo que de cuando en cuando no salpiquemos la conversación con una de esas sentencias populares que en pequeño volumen encierran mucho y exquisito condumio; ¿pero qué es esto de echar refranes a dos manos, como quien traspala trigo? El bobo que es callado, por sesudo es reputado; llévate de esta regla. –No es regla, sino refrán, contestó Sancho. Vuesa merced los ha echado en este discurso como si hubiera hasta para tirarlos por la ventana, y le parecen insípidos los mihuelos. Entre bobos anda el juego, y cuando nace la escoba nace el asno que la roya. A uso de iglesia catedral, cuales fueron los padres los hijos serán, y cuales son los amos los criados son, señor. Éntrome acá, que llueve. Dice el refrán: de tal barba, tal escama; vuesa merced es la barba, yo soy la escama; y en lo de los refranes corremos a puto el postre. –Puede ser, repuso Don Quijote: de esto mismo tú tienes la culpa, y has de pagar el mal que viene resultando. Te has acercado tanto a mí, que ya la distancia del caballero al escudero es ninguna, con harto perjuicio de la orden que profeso y mengua de mi decoro. Las malas mañas, como ciertas enfermedades, son pegadizas: pásame tu sandez (...), tu pusilanimidad (...), tu bellaquería, pásame todo; pero no me comuniques esta sarna perruna que te infesta, con nombre de refranes (...). Cuando no son refranes, son diminutivos de tu cuño: mihuelos... ¿Qué entiendes por mihuelos, pazguato? ¿No sabes que los pronombres no admiten diminutivo? De mío no puedes hacer mihuelo ni mii-to, así como no puedes hacer miote ni miazto.

EL RIESGO DE PERDER LA IDENTIDAD

No obstante, a cambio de esta cordura, y aun a costa de ella, un nuevo avatar, más hondo y decisivo, le ocurre al héroe. No bien empieza el libro, dice Don Quijote:

No pocas glorias me ha frustrado un sabio mi enemigo que en particular me persigue; pues han de saber vuestas mercedes que así como echo en tierra a mi contrario y le tengo debajo de mi lanza, me lo convierte luego en persona distinta (...), o en objetos ruines que se burlan de mi justa cólera. Los gigantes vueltos cueros de vino; la trasmutación de mi señora Dulcinea del Toboso en una labradora; el caballero de los Espejos cambiando en el bachiller Sansón Carrasco...

Esta amenaza que se cierne sobre el héroe, objeto de la inquina de hechiceros, arranca desde el comienzo y se acentúa a medida que avanza la historia. Poco a poco, el peligro será ya no la metamorfosis de los seres y las cosas que lo rodean sino su propia trasmutación; será el gravísimo peligro de perder su identidad, de ser él, Don Quijote, trasmutado en otro ser. Aquello se volverá el centro de sus preocupaciones y temores. La novela de Montalvo explora este tema, con todas sus variantes, a lo largo de sus páginas.

Ahora bien, la sanidad incrementada y la identidad de Don Quijote están, en esta novela, sostenidas, fundadas en el lenguaje. El caballero andante no será transformado en otra persona, animal o cosa mientras el lenguaje a su alrededor permanezca sin cambios, sea una lengua fija, rancia, y sus signos remitan correctamente a las cosas designadas. El Quijote original, que confundía las cosas con los signos de las cosas, que tomaba a un molino de viento por un gigante según le dictaban los libros de caballería, es aquí en cambio un defensor a ultranza de la correcta discriminación y designación de los signos y las cosas. Por ello, a medida que el caballero avanza y se interna en sus aventuras, enfrentándose a distorsiones del lenguaje, a signos cada vez más alterados, su identidad se verá amenazada y su temor aumentará a la par.

Estas distorsiones y alteraciones provienen de gentes que le son desconocidas al caballero, pero que lo conocen a él por haber leído ya la primera parte del *Quijote* de Cervantes. Los personajes se disfrazan, y simulan ser lo que no son, como presintiendo que nuestro caballero ha recobrado lucidez y hace falta un simulacro para engañarlo, primero con respecto a sus identidades y luego con respecto a los signos. Así, Don Quijote va enfrentándose con

simulaciones y simulacros, escenificados por aquella gente que desea divertirse a su costa, pero que son también y ante todo emboscadas, simulaciones y simulacros verbales. Vale decir, graves peligros del lenguaje, peligros en que la identidad del Quijote está en juego.

En uno de los pasajes, el confabulado se disfraza de ermitaño. Y a un llamado de Don Quijote, responde así sobre la vida eremítica:

Aquí, en esta soledad, en este monte, le quebramos la cabeza al enemigo; cada uno de nosotros somos el arcángel que tiene a sus pies a la serpiente. ¿Sabéis lo que la serpiente simboliza? Serpiente es la soberbia (...), la avaricia (...) la lujuria (...) la ira (...) la gula (...) la envidia (...) Ved cuántas de estas fieras bestias os promete expeleros del cuerpo el aire celestial de este retiro. La humildad arrulla aquí como paloma sagrada (...); la castidad (...), la paciencia (...) la templanza, la caridad (...). Pensar, orar, llorar, todo es salvarse. ¡Venid, mortal dichoso! A la derecha, si quisieréis; a la izquierda, si gustareis; más arriba o más abajo, ayuso o deyuso, como decían nuestros mayores, hallaréis ermitas desocupadas, que ya las habitaron varones justos. La de fray Atanasio puede conveniros, aunque está algo caediza; pero tiene un corralito para gallinas, y aun os será permitido engordar dos o tres puercos, a pesar de que muchos y muy crueles enemigos frecuentan estos lugares: lobos, lobas, jabalices, jabalizas, y otras salvajinas. —Diga vuesa paternidad jabalíes, y ande la paz entre nosotros, dijo Don Quijote. —¿Por allá abajo la gente del siglo no llama jabalices a esos abejorros? respondió el ermitaño. —Jabalíes o jabalices, volvió a decir Don Quijote, no pertenecen estos animales al género de los abejorros; ni ha de ir vuesa paternidad a decir jabalizas, a título de que no sabe las cosas del mundo. —Nosotros por abejorros los tenemos, señor caballero (dijo el ermitaño). A veces los clasificamos entre los crustáceos, y no estamos del todo libres de reputarlos sabandijas (...), preguntó Don Quijote, que si toros infestaran las posesiones de vuestas paternidades, ellas vendrían a ser torosas? —Por de contado, respondió el ermitaño (...). ¡Válgame Dios, exclama el narrador, y cuál no era la impaciencia de nuestro caballero a la interminable plática del solitario!

En un corto ensayo como el presente no es posible seguir al Quijote montalvino —en sus incontables pláticas moralistas con su fiel escudero— en sus reflexiones sobre temas que rayan en los abusos de poder o en las arbitrariedades. Tomaré unos pocos ejemplos.

EL QUIJOTE, CRÍTICA SOCIAL

En muchas páginas el Quijote montalvino se refiere a las lacras sociales del ambiente. Ridiculiza, por ejemplo, el prurito de ciertas gentes de aparecer como dechado de virtudes o por lo menos como personajes de rancio linaje anteponiendo a su apellido la preposición *de*; Don Alejo *de*, el marqués de Guagrahuesa, el señor de Montogtusa. Quien conoce algo de quichua sabe que, con burla, el primero significa «barriga o panza de toro» y el segundo, «montón de tusas».

En otros pasajes comenta sobre la vanidad, el egocentrismo y otros defectos. Oigamos uno de ellos. Dice

Don Zoilo es joven asaz inteligente, su mérito principal consiste en juzgarse el primer hombre del mundo y en un filosófico desdén por la persona que está sobresaliendo y gozando de buena fama. Tiesierguido, el alma encambonada, todo lo decide con la autoridad del estagirita, cuando no es sino un pirrónico en cuya vida está campeando el egoísmo. El egoísmo, negra ausencia de los afectos nobles, los movimientos generosos del ánimo, que son la verdadera filosofía de los hombres de natural bueno y elevado. Llevarle la contra a este sumo pontífice es ser un tonto; saber algo uno es excitar su envenenada crítica, porque él no reconoce superior en ninguna materia, bien que la triste medianía le ha destinado a la indiferencia de los demás. Arbitro de las cosas, no hay nudo que no corte con la espada de Alejandro. Su elocuencia se ceba en el descrédito de los demás, y nunca tiene él más talento que cuando está haciendo ver palmariamente la inferioridad de sus amigos: parécele que no puede ser persona de viso, si ellos no son insignificantes: de la pequeñez de los otros saca su grandeza; y en esto no va fuera de camino, pues cuando nuestros méritos no descansan en las virtudes, preciso es que nuestra importancia derive de los defectos ajeno.

LOS MILAGROS Y LOS EXVOTOS

Si aún en la actualidad algunas de las vírgenes milagrosas, en la ceremonia anual, reciben tantas joyas y regalos, ¿cómo habrá sido en tiempos del Quijote montalvino?

Invitado Don Quijote a visitar al cura, en su residencia, dice:

Lo primero, que se ofreció a los ojos, fueron unos grandes cuadros que contenían los milagros principales del patrono del pueblo. —Esto sucedió en el golfo de Vizcaya, dijo el cura, señalando un naufragio. Todos los pasajeros se salvaron, fuera de los que se ahogaron. —¿Luego no se salvaron todos?, preguntó Don Quijote. —Ni la tercera parte, señor. —Y los que perecieron, ¿dónde están?, volvió a preguntar Don Quijote. —Donde Dios los ha puesto, señor, en el lienzo no están sino los del milagro. —Holgárame, repuso el caballero, de que el milagro hubiese obrado en todos, y de que todos se hubiesen salvado en vez de unos pocos. Explíqueme vuesa merced, si es servido, la materia de estotro lienzo; si no me engaño, esa figura descarnada ¿trae en las manos sus intestinos palpitantes? —Eso es dar en la cabeza del clavo, respondió el cura: el hombre a quien vuesa merced está contemplando, recibió una cuchillada desmedida, por la cual se le iba la asadura; mas tuvo tiempo de llegar a su casa, donde expiró como buen cristiano.

El milagro ¿en qué consiste, señor cura? —En que no murió de redondo, señor caballero. Ahora eche vuesa merced los ojos a esta parte. —Y abriendo una caja de fierro, mil figurillas de oro y de plata resplandecieron a la vista. —¡Vive el Señor!, exclamó Sancho: gran cateador fue el santo, y dio con buena pinta. ¿El oro es amonedado o en bruto, señor, cura? —Ni uno ni otro, amigo Sancho; son figurillas y símbolos que representan milagros diferentes; pues habéis de saber que el ministerio principal del patrono de este pueblo es curar toda clase de enfermedades, mediante una prenda de oro o de plata que figure el miembro enfermo. Veis aquí, añadió, tomando del arca uno de esos fragmentos preciosos, esta pierna consagrada por un hombre a quien se le rompió la suya en cuatro partes: desafíadle ahora a la carrera, y veremos si no os deja una lengua atrás. Aquí tenéis un brazo de platas mandado hacer por un paralítico: él sabe si lo hubiera movido, y aun jugado pelota, a no haberse muerto en muy mala sazón.

LA EXPLOTACIÓN DE LA FE

La fe es la primera de las tres virtudes teologales y cimiento de las religiones... Contra la perversión de la fe, la opresión de los humildes, la incongruencia entre la prédica dominguera y la práctica cotidiana, contra la mercantilización de la religión, insurge Montalvo a través de su Quijote y Sancho Panza. No es la invectiva, en este caso, sino la fina ironía, la que pone al descubierto lacras sociales, corrupción y la explotación de la ignorancia y la fe.

¿Si el tuerto se condena, de qué le sirve un ojo de plata?, preguntó Sancho. El que algo da a la Iglesia, se condena poco, amigo Panza, respondió el cura; y mientras más da un buen cristiano, se condena menos. El que da en abundancia, no se condena sino escasamente; y el que da cuanto posee, nada se condena. ¿Si yo prometiera y diera mi rucio con enjalma y todo a este santo milagroso, qué pudiera sucederme de bueno? Sucedería que anduvieseis a pie; con lo que haríais penitencia, y si a pies descalzos, mejor. Pero mi santo no ha menester vuestro rucio, porque él anda a caballo; en suma, agregó Don Quijote, —refiriéndose a un cúmulo de piezas de orfebrería que le enseñaba el cura, de nada sirven estos brazos y piernas preciosos, cuando hay tantas hambres que mitigar tantos dolores que aliviar. La piedad al servicio de la caridad es el bello y dulce misterio de la religión cristiana. Nadie toca estas joyas, señor mío, respondió el cura: fraude sería ese, que el santo castigaría con rigor. Le gusta ver de día y de noche estas prendas de veneración, y él sabe en sus altos juicios para lo que las destina. ¿El cura tiene derecho a ellas?, tornó Sancho a preguntar. Cuando urge la necesidad, respondió el cura, puede disponer de tres o cuatro. ¿Como por vía de espumar este depósito, dijo Sancho, y a modo de seña de haber visitado el santuario, no pudiera un pasajero tomar a su cargo dos o más de estas alhajuelas? ¡No es bueno que yo me halle en disposición de contentarme con las más usadas! Algunillas que no le sirven al santo, señor cura; de esas que por antiguas han sido echadas al rincón.

LOS PERSONAJES DE LA POLÍTICA

Cervantes no participó en actividades políticas. Llevó, por varios motivos, una vida azarosa y tras la batalla de Lepanto, en la cual perdió el uso de la mano izquierda, fue capturado por piratas. Permaneció cautivo, en Argel, por más de cinco años. De regreso a España desempeñó cargos secundarios y por tres ocasiones fue encarcelado acusado de malos manejos económicos.

Entre las tantas reflexiones, que Don Quijote hacía a Sancho, hay una muy profunda, sobre la libertad. Dice: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra ni el mar encubre, por ella se puede y se debe aventurar la vida».

En contraste, Montalvo, desde sus años de estudiante de jurisprudencia participó activamente en la lucha política. Montalvo es paradigma del ideólogo y del luchador político. Luchó contra la opresión, el despotismo y la tiranía. No cesó en combatir la corrupción y la injusticia.

La ficción permite, gracias a la imaginación, mucho de cuanto hubiese deseado cumplir en la dolorosa realidad del Ecuador de entonces. ¿Cómo no desfacer agravios? ¿Cómo no condenar a ese malandrín de Ignacio de la Cuchilla? La ficción se presta para enderezar tantos entuertos.

De buen humor venía Sancho, pero ¡oh inestabilidad de las cosas del mundo! Toda su animación, su placer espontáneo se vinieron a tierra con el espectáculo que de súbito se les mostró a la vista: era un cuerpo humano colgado a toca no toca en un árbol, y muchos cuervos sentados en las ramas vecinas. Sancho se quedó medio muerto, y hubiera dado al través consigo si la voz de su amo no le reanimara diciendo: Este, sin duda, fue un bandolero a quien la Santa Hermandad colgó y asaetió donde le echó mano, sin que fuese necesario llevarlo a Peralvillo.

El pobre del hombre, dijo Don Quijote, muere como ha vivido. ¿Piensas, buen Sancho, que ese miserable habrá sido el espejo de las virtudes? Los vicios, los crímenes hicieron en su alma los mismos estragos que las gallinazas han hecho en su cuerpo. Asesinato, robo, traición, atentados contra el pudor son bestias feroces que devoran interiormente a los perversos. Ignacio Jarrín... Y yo sé poco, o éste es aquel famoso ladrón que dio en llamarse Ignacio de Veintemilla. En el primer lugar a donde lleguemos nos darán noticia de este ajusticiado.

También hubo tiempo y espacio en los *Capítulos* para referirse a algunos personajes menores, como en el caso de José Modesto Espinosa, a quien menciona sólo por los nombres.

Al tiempo que el joven Montalvo comenzó a publicar *El Cosmopolita*, obra primera y que le cosechó merecidos aplausos de escritores de otros países,⁹ Espinosa, dirigente del llamado «Partido Católico», escritor ya renombrado, partidario acérrimo de García Moreno y que, cuando Presidente de la Corte Suprema de Justicia se negó a dar trámite al recurso de pena capital de Vargas Torres, formuló críticas acerbas e injustas de los escritos montalvinos, ridiculizó al autor y finalmente lo llamó: «Mozo estafalario, que pretende pasar por sabio filósofo y busca en vano la nombradía que no se consigue sino a fuerza de ilustración, virtudes y sacrificios!». En sus *Capítulos*, Montalvo devuelve la cortesía a José Modesto, a quien dice le disfraza de fraile que tras «una sonrisa diaboluna por entre la cual comparecían las teclas de piano viejo que le sirven de dientes», era capaz de cualquier disimulada maldad. Dice:

9. P. Naranjo, *Los escritos de Montalvo*.

En el ínterin se les metió en el cuarto un fraile husmeador, que así de vana y baja curiosidad, como de malicia, todo lo inquiría y requería por si algo sacaba en su provecho, siendo como era el más ruin y mal intencionado, no solamente de esa, sino de todas las comunidades. Es este fraile el hermano José Modesto. Embaidor y socarrón; cuando no tenía entre manos una picardía, no le faltaba una burla que hacer a sus hermanos y superiores. Con esconder el brazo desde luego, y con negar si era descubierto, y jurar por Dios Nuestro Señor, todo estaba hecho para él. Arrugado, amarillo, sus ojos triangulares y vidriosos no miran jamás en línea recta. Malo como feo, este santo hombre no carece de ingenio, y, se aprovecha de él cuanto puede en daño de sus semejantes.

EL HAMBRE DEL POBRE

En los *Capítulos* Montalvo contrasta la situación del pobre con la opulencia del rico. En sus escritos posteriores, en especial en los *Siete tratados*, en *El Espectador* y otros, profundiza su pensamiento sobre la justicia social, En esta oportunidad trasciende las meditaciones del Quijote. Dice:

Y mientras a Sancho se le iba el alma tras aquel humillo de la cazuela que tanto apetito despertaba, Don Quijote, entregóse a meditaciones más elevadas y profundas:

Dichosos los pobres si tienen que comer, porque comen con hambre. La salud y el trabajo tienden la mesa, bien como la conciencia limpia y la tranquilidad hacen la cama: el hombre de bien trabajador, se sienta a la una, se acuesta en la otra, y come y duerme de manera de causar envidia a los potentados. La pobreza tiene privilegios que la riqueza comprara a toda costa si los pudiera comprar, mientras que la riqueza padece incomodidades contra las cuales nada pueden onzas de oro. ¿Cuánto no daría un magnate por un buen estómago? El pobre nunca lo tiene malo, porque la escasez y moderación le sirven de tónico, y el pan que Dios le da, es sencillo, fácil de digerir, como el maná del desierto. El rico cierne la tierra se va al fondo del mar, rompe los aires en demanda de los comestibles raros y valiosos con que se empozña lentamente para morir en un martirio, —quejándose de Dios: el pobre tiene a la mano el sustento, con las suyas lo ha sembrado enfrente de su choza, y una mata le sobra para el día. El faisán, la perdiz son necesidades para el opulento, hijo de la gula; al pobre como al filósofo, no le atormentan deseos de cosas exquisitas. Más alegre y satisfecho sale el uno de su merienda parca y bien ganada, que el otro andando a penas, henchido de viandas gordas y vaporosos jugos. El uno come legumbres, el otro mariscos succulentos, producciones admi-

rables del océano; él uno se contenta con el agua, licor de la naturaleza; el otro apura añejos vinos; y en resumidas cuentas, el que no tiene sino lo necesario, viene a ser de mejor condición que el que nada en lo superfluo. ¿Hay algo más embarazoso, fastidioso, peligroso, que lo superfluo? Donde la necesidad y la comodidad se dan la mano, allí está la felicidad, y de esa combinación no nacen ni el hastío ni el orgullo; otra ventaja.

¿Pero, dónde están los ricos ocupados en el bien de sus semejantes? Son de especie superior, creído lo tienen, y su corazón, bronco por la mayor parte, no suele abrigar los afectos suaves, puros, que vuelven la inocencia al hombre, le poetizan y elevan hasta los ángeles, sus hermanos. El Señor promete el reino de los cielos a los pobres; de los ricos, dice ser muy difícil que atinen con sus puertas. Si pues los ricos tienen esta dificultad, no son los más bien librados; aunque pueden redimirse con sus caudales, empleándolo en dar de comer al hambriento, *beber* al sediento, vestir al desnudo, siempre de corazón, sin prevalecer por la soberbia. El silencio es el reino de la caridad, abismo luminoso donde no ve sino Dios, si alquilas las campanas para llamar a los pobres y dar limosna a medio día en la puerta de la iglesia pregonando tu nombre, eres de los réprobos. La misericordia es muy callada, la compasión muy discreta, la caridad muy modesta: al cielo subimos sin ruido, porque la escalera de luz no suena.

LA ÚLTIMA BATALLA

De hecho, ya el caballero ha sufrido los peores embates de su suerte y aun de su respondón escudero, personaje que le es tan próximo que solo queda otro todavía más cercano para presentarle batalla. Se trata de él mismo, de enfrentarse con quien suplanta y se hace pasar por Don Quijote. Esta batalla definitiva ocurre hacia el final de la novela. Rememorando escenas del *Quijote* original, el narrador cuenta cómo Don Quijote derrotó al Caballero de los Espejos, y cómo los encantadores, «al decir a la imaginación de Don Quijote que habían transmutado al Caballero de los Espejos en el bachiller Sansón Carrasco por defraudarle la gloria del triunfo» salvan a éste último de una muerte segura. Ahora, el bachiller va a vengarse de Don Quijote. Para ello llega a la venta donde concurrirá el caballero andante, se disfraza, y se confabula con el ventero. Éste dice al caballero andante:

Tenemos en el castillo (...) a un famoso caballero llamado Don Quijote de la Mancha (...) —Eso es hablar de fantasía, señor alcaide, respondió escamado Don Quijote: ¿un famoso caballero llamado Don Quijote de la Man-

cha? –A fuerza de súplicas, dijo el ventero, se ha conseguido que permanezca dos días más en el castillo (...).

La batalla que se avecina será pues por recuperar la identidad perdida. «Miente por la mitad de la barba el hideputa que dice ser Don Quijote de la Mancha», dice con voz estentórea el caballero andante.

–¿Luego es vuesa merced (responde), el bachiller, el atrevido que anda por esos mundos llamándose Don Quijote de la Mancha, en menoscabo de mi fortuna y para mengua de mi fama? (...) –Oh, santo cielo, exclama el narrador, y cómo le crujieron los huesos a nuestro buen Don Quijote y le temblaron los músculos, de pura indignación y coraje! Llamó de felón, follón y mal nacido al usurpador de su personalidad, y le retó a singular batalla. Concer-táronse los dos aventureros en combatirse al día siguiente (...) y pusieron por condición de la batalla que el vencedor sería el verdadero Don Quijote, y el vencido, despojado de ese famoso nombre, iría a meterse fraile.

La batalla tiene lugar:

¡Y quién podrá decir (cuenta el narrador) los tajos, reveses, mandobles y pasadas con que esos dos paladines hicieron resonar los montes! Le faltan palabras al historiador para referir lance por lance la batalla; y dice solo que Don Quijote, el genuino, se vio a pique de perderla; y que en tan terrible conflicto se encomendó a la señora de sus pensamientos, y con fuerzas redobladas dio golpes tales que hubiera hecho temblar a Sacripante. Mala estrella debía de ser la de Sansón Carrasco, pues resbalándose en lo mejor, dio un gentil batacazo, y allí su enemigo a cortarle la cabeza.

En ese preciso instante, Don Quijote descubre que bajo el disfraz del suplantador está en realidad el bachiller Sansón Carrasco, a quien mucho tiempo atrás había tomado por el Caballero de los Espejos. Y entonces, «Cubrióse el corazón a Don Quijote (...) y llena el alma de amargura, dijo a su escudero: –Tan desdichado soy que he de perder con buenas cartas». Pero tal desdicha se le va muy pronto; al fin y al cabo ha evitado perder definitivamente su identidad. Así que a poco, victorioso sobre el enemigo que iba a suplantarle, Don Quijote anuncia: «Le he muerto en buena guerra» y sale del patio donde ha ocurrido el lance, «lleno de majestad y poderío».

De hecho, las trasmutaciones de los magos, ya no lo afectarán en las pocas páginas que restan del libro. Éstos seguirán obrando, por supuesto, pero Don Quijote ha triunfado definitivamente sobre sus enemigos mortales. ❁

**EDICIONES DE
CAPÍTULOS QUE SE LE
OLVIDARON A CERVANTES**

Año	Editorial	Ciudad
1898	Montaner y Simón	Barcelona
1921 y 1930	Garnier Hermanos	París
1944	Americalee	Buenos Aires
1965	Cajica	Puebla
1972	Porrúa	México, D.F.
1986	El Conejo y Oveja Negra	Bogotá
s.f.	Colección Clásica Ariel	Guayaquil
1971	Pío XII	Ambato
1987	Municipio de Ambato	Ambato
2004	Cátedra	Madrid
2005	Biblioteca Letras del Tungurahua Casa de la Cultura Ecuatoriana	Ambato